

Bill O'Reilly
y
Martin Dugard

MATAR A LOS SS

LA CAZA DE LOS PEORES CRIMINALES
DE GUERRA DE LA HISTORIA

Traducción del inglés
Paloma Gil Quindós

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prólogo.</i> 7 DE MAYO DE 1945	15
Reims, Francia	
2.41 h.	
1. 26 DE DICIEMBRE DE 1945	33
Fort Dix, Nueva Jersey, Estados Unidos	
Mañana	
2. 1 DE OCTUBRE DE 1946	39
Núremberg, Alemania	
9.00 h.	
3. 24 DE DICIEMBRE DE 1946	47
Roma, Italia	
21.00 h.	
4. 18 DE ABRIL DE 1949	59
Los Alpes	
5.45 h.	

5.	22 DE AGOSTO DE 1951	69
	Buenos Aires, Argentina	
	17.00 h.	
6.	19 DE SEPTIEMBRE DE 1957	85
	Fráncfort, Alemania	
	20.00 h.	
7.	11 DE OCTUBRE DE 1959	101
	Tel Aviv, Israel	
	Amanecer	
8.	24 DE DICIEMBRE DE 1959	115
	Colonia, Alemania	
	Amanecer	
9.	3 DE MARZO DE 1960	123
	Buenos Aires, Argentina	
	Mañana	
10.	8 DE MARZO DE 1960	133
	Buenos Aires, Argentina	
	17.15 h.	
11.	3 DE MAYO DE 1960	143
	San Fernando, Argentina	
	Tarde	
12.	10 DE MAYO DE 1960	151
	Casa de Seguridad del Mosad, Buenos Aires,	
	Argentina	
	Noche	
13.	11 DE MAYO DE 1960	159
	Casa de Seguridad Tira, Buenos Aires, Argentina	
	21.00 h.	

14. 20 DE MAYO DE 1960 171
Aeropuerto de Ezeiza, Buenos Aires, Argentina
19.00 h.
15. 11 DE ABRIL DE 1961 181
Jerusalén, Israel
9.00 h.
16. 31 DE MAYO DE 1962 205
Buenos Aires, Argentina
Atardecer
17. 31 DE MAYO DE 1962 213
Prisión de Ramle, Israel
19.00 h.
18. 28 DE FEBRERO DE 1967 219
São Paulo, Brasil
Última hora de la tarde
19. 7 DE DICIEMBRE DE 1972 229
Berlín, Alemania
Mañana
20. 16 DE MAYO DE 1976 235
São Paulo, Brasil
Tarde
21. 29 DE JULIO DE 1978 245
Itatiaia, Brasil
10.00 h.
22. 7 DE FEBRERO DE 1979 257
Playa de Bertiooga, Brasil
17.30 h.

23.	5 DE MAYO DE 1985	263
	Bitburgo, Alemania	
	Primera hora de la tarde	
24.	21 DE SEPTIEMBRE DE 1989	273
	San Francisco, California, Estados Unidos	
	Tarde	
25.	17 DE MARZO DE 1992	285
	Buenos Aires, Argentina	
	14.42 h.	
26.	25 DE SEPTIEMBRE DE 1991	291
	Lyon, Francia	
	20.30 h.	
27.	17 DE JUNIO DE 1996	293
	Bariloche, Argentina	
	De día	
28.	4 DE OCTUBRE DE 2004	299
	San Francisco, Californiaa, Estados Unidos	
	Mañana	
29.	27 DE MARZO DE 2016	307
	Nueva York, estado de Nueva Yorka, Estados Unidos	
	Mañana	
	<i>Epílogo</i>	319
	<i>Fuentes</i>	327

PRÓLOGO

7 DE MAYO DE 1945

REIMS, FRANCIA

2.41 h.

Están cercando al diablo.

En un aula de la École Professionnelle, el general nazi Alfred Jodl, jefe de Estado Mayor, firma en un pliego de gran tamaño la capitulación oficial del Ejército alemán tras casi seis años de cruenta guerra. Berlín ha caído. Adolf Hitler, el Führer, está muerto: se quitó la vida de un tiro en la cabeza, y su escolta personal roció el cadáver con varios litros de combustible y lo prendió fuego. Numerosos soldados de las potencias aliadas de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética circulan ahora libremente por toda Alemania, apagando los pocos focos de resistencia que aún quedan.

Pese a lo intempestivo de la hora, la prensa y los generales que se encontraban en las proximidades se apiñan en las paredes del aula como testigos. Las paredes están cubiertas de mapas de la marcha de la guerra en Europa, actualizados la misma víspera. Cámaras de informativos filman la sombría escena de la capitulación alemana, el intenso calor de los focos es sofocante en la sala. El general americano Dwight Eisenhower, Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa, está presente, pero no participa en la firma oficial. «Ike» ha preferido delegar en el jefe de su Estado Mayor, el general Bedell Smith.

—Con esta firma —anuncia el general Jodl con la voz embargada de emoción—, el pueblo alemán y las Fuerzas Armadas alemanas se entregan, para bien o para mal, en manos de los victoriosos.

* * *

Pero el diablo no capitula del todo, como tampoco lo hacen muchos de sus discípulos. Saben que los actos que cometieron durante el conflicto serán considerados crímenes de guerra: asesinaron y torturaron a personas inocentes con tal brutalidad y en tal número y escala que la palabra *atrocidades* se queda muy corta para describir los hechos.

Los servicios de inteligencia estadounidense y británico han reunido gruesos expedientes de estos «criminales de guerra». El sello especial con las palabras ARRESTO INMEDIATO va estampado junto a sus nombres en la lista de los más buscados. Si los cogen y los declaran culpables, su castigo será la muerte.

La ejecución será rápida.

Si los cogen.

* * *

Casi a 1.000 kilómetros al noreste de la capitulación del general Jodl, uno de los criminales nazis más odiosos de la Segunda Guerra Mundial, Heinrich Himmler, no piensa entregarse a los victoriosos: muy al contrario, el *Reichsführer* corre para salvar la vida. Este asesino en masa ahora se oculta con varios subordinados de máxima confianza en una pequeña granja a las afueras de la ciudad alemana de Satrup, al norte del país. Himmler y sus hombres pertenecen todos a la organización paramilitar nazi Schutzstaffel. El resto del mundo conoce a esta banda de carniceros por otro nombre: las SS.

Schutzstaffel significa «escuadrón de protección», y durante los primeros cuatro años desde que fue creado en 1925, su prioridad fue velar por la seguridad del líder nazi Adolf Hitler. Pero cuando

en 1929 este nombró a Himmler *Reichsführer* o jefe supremo de las SS, el joven de veintiocho años que antes era granjero avícola no se conformó con las funciones de mero escolta: las SS enseguida empezaron a recoger información de inteligencia sobre los enemigos de Hitler. Además, en sus requisitos para el reclutamiento pronto empezó a incluirse el de la «pureza racial» germana.

Para 1933, cuando el Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler subió al poder en Alemania, los efectivos militares se distribuían entre la Wehrmacht —el ejército de tierra, la marina y la fuerza aérea tradicionales del Estado alemán— y las SS, organización paramilitar leal a Hitler y al Partido Nazi.

Hitler dio a Heinrich Himmler y a las SS plenos poderes para encerrar a todos los opositores políticos del Tercer Reich, categoría que englobaba a abogados, homosexuales, gitanos, discapacitados mentales, curas católicos y toda la población judía. Por primera vez en la historia moderna, el antisemitismo se elevó a política de Estado. Ahora los judíos eran extranjeros en su propio país, donde una nueva batería de leyes revocó sus derechos jurídicos y los forzó a dejar el comercio y la industria. La vida de prácticamente cualquier hombre, mujer o niño que tuviera la temeridad de protestar contra Adolf Hitler corría grave peligro.

Himmler mantuvo bajo control a todos los que el régimen nazi consideraba enemigos mediante una red de centros de confinamiento que se llamaron campos de concentración y eran administrados por las TV-SS, *Totenkopfverbände* o «Unidades de la Calavera», famosas por su crueldad sin límites. Todos los miembros de las SS, incluidos los de su brazo militar —las Waffen-SS— y también los supervisores de campos de concentración de la *Totenkopf*, llevaban la divisa de la calavera y las tibias cruzadas en la gorra. Los escuadrones tenían el privilegio adicional de llevarla además en una insignia especial en la solapa derecha del uniforme.

Esa divisa sembró el terror entre todos los enemigos del Tercer Reich, pero la persecución específicamente antisemita alcanzó co-

tas sin precedentes con el estallido de la guerra en septiembre de 1939, cuando miles de judíos fueron deportados de Alemania, Austria y Checoslovaquia. Cuando el Ejército alemán entró en guerra en Europa, las SS ya operaban como un órgano totalmente autónomo exterminando a los enemigos de Hitler y a todos los que tachaban de «racialmente impuros». Por orden de Himmler, aquel mismo año empezaron a asfixiar a discapacitados con gas tóxico por toda Alemania. A partir de enero de 1942 aplicaron el mismo método de ejecución contra la población judía de Alemania: había llegado la «solución final», el genocidio contra esta religión. Himmler alardeaba de la extraordinaria dureza de los métodos que ideó para transportar, torturar y matar a todos los que consideraban indignos. También para destruir sus restos.



Heinrich Himmler, en el centro, durante la visita al campo de concentración de Mauthausen. (Bundesarchiv).

«La conspiración o el plan general para exterminar a los judíos se acometió tan metódicamente y tan a conciencia que, pese a la

Principales campos de concentración nazis

Durante la Segunda Guerra Mundial.

- Control del Eje
- ▨ Neutral
- Aliado del Norte
- Mar
- Mar del Norte



Mapa de Gene Thorp

derrota alemana y lo maltrecho que salió el nacionalsocialismo, ese objetivo nazi se ha cumplido en gran medida» afirmó en 1945 el fiscal jefe americano Robert H. Jackson en la apertura de los Juicios de Núremberg, que por primera vez sentaron en el banquillo a criminales de guerra nazis.

Solo vestigios quedan ya de la población judía de Europa en Alemania y los países ocupados por ella o antiguos satélites o colaboradores. Según cálculos fidedignos, el 60 por ciento de los 9.600.000 judíos que vivían en la Europa dominada por los nazis ha perecido. La cifra de judíos desaparecidos de su país de residencia antes de la guerra es de 5.700.000. Las tasas de mortalidad e inmigración del momento no explican la desaparición de más de 4.500.000 de ellos, que tampoco se encuentran entre los desplazados. Nunca antes en la historia se había perpetrado un crimen contra semejante cantidad de víctimas ni con un ensañamiento tan deliberado.

A las órdenes de Adolf Hitler, fue Heinrich Himmler quien planeó y ejecutó esos asesinatos.

Para el *Times* de Londres, es «el hombre más siniestro de Europa». Otros dicen que es la encarnación del diablo.

* * *

Alemania está sumida en el caos. El fin de la guerra ve sus principales ciudades y puertos reducidos a escombros tras los bombardeos aliados por tierra y aire. Muchas localidades se han quedado sin suministro de agua corriente y luz eléctrica. La comida y el ganado escasean. La basura y los excrementos humanos desprenden un nauseabundo hedor al que se añade el de los cadáveres descompuestos que todavía no ha habido tiempo de retirar. Estadounidenses y británicos socorren a millones de desplazados de guerra diseminados por toda Alemania levantando campos de refugiados para acoger y alimentar a quienes no tienen adónde ir.

En los seis meses siguientes, aproximadamente veinte millones de personas se echarán a los caminos y carreteras de Europa, iniciando el largo retorno a casa antes de la llegada del invierno. Es una imagen ya conocida en todo el continente: a lo largo de los siglos, el fin de las guerras ha traído consigo vívidas escenas de soldados y prisioneros mezclándose en los caminos, de regreso a sus seres queridos. Las escenas de la Segunda Guerra Mundial son las mismas, solo que los que se funden hoy en los ríos de gente son prisioneros de guerra polacos y rusos y soldados alemanes. Y sin embargo, al mismo tiempo, son escenas muy distintas: la campaña nacionalsocialista de aniquilación de la raza judía también ha inundado los caminos de prisioneros recién liberados de los campos de exterminio, inconfundibles por sus ropas hechas jirones y sus cuerpos esqueléticos.

Para estos judíos desplazados, ese viaje que emprenden al acabar la guerra es desgarrador, porque no tienen ni idea de qué les espera. Primero los alemanes y ahora el Ejército ruso que se acerca por el Este, todos los soldados les han robado siempre sus casas y posesiones. Después de meses que ahora ya son años de cautividad, cunden los deseos de venganza entre los desplazados. Por eso los supervivientes de los campos de exterminio no caminan distraídos: muy al contrario, observan con atención a los demás viajeros, sin perder de vista jamás a los alemanes que marchan junto a ellos, buscando el rostro conocido de algún antiguo carcelero para cobrarse por su mano una justicia brutal e inmediata.*

* * *

* Los Aliados aplicaron el término *desplazado* a todos los civiles que se encontraban fuera de las fronteras de su nación al acabar la guerra. La palabra *refugiado* se reservaba a los que se habían quedado sin hogar dentro de su propia nación.

En la práctica, la fractura de la sociedad ayuda a los miembros de las otrora temibles SS, que aprovechan el caos para camuflarse entre los refugiados. Ahora bien, gracias a tantas filmaciones y fotografías, Heinrich Himmler no era un burócrata sin rostro: si lo cogen, no se librará de ser juzgado por sus crímenes. A los cuarenta y cuatro años, está casado y tiene una amante y cuatro hijos: dos de cada mujer. Mide casi 1,75 metros. Tiene el mentón huidizo y los dientes demasiado grandes para su boca. La mala vista le obliga a usar gafas —él siempre lleva unas sin montura— y nada en su aspecto sugiere fuerza. No obstante, este hombre de mediana edad es responsable de la muerte de millones de personas.

Preparándose para la huida, se afeita el canoso bigote, guarda sus características gafas de alambre y se pone un parche negro en el ojo. Tira sus recargados uniformes y se pone el sencillo uniforme caqui del sargento de la policía militar Heinrich Hitzinger, al que las SS asesinaron meses atrás por haber incurrido en conducta «derrotista».

Por si las cosas se ponen muy feas, Himmler lleva entre la ropa una ampolla de cianuro. Si muerde el cristal, una dosis letal de veneno pasará a su organismo y lo matará en quince minutos.

Preparándose para vivir como fugitivos, los miembros de las SS que viajan con Himmler también se meten en el bolsillo veneno junto con sus nuevos documentos de identidad, y transforman su aspecto arrancándose las divisas del uniforme. Entre ellos están Josef («Sepp») Kiermaier, escolta personal de Himmler; el doctor Rudolf Brandt, mano derecha del *Reichsführer*; Karl Gebhardt, cirujano de las SS; Werner Grothmann, coronel de las SS, y Heinz Macher, comandante. Otto Ohlendorf, general de división de las SS, decide separarse de ellos y emprender la huida por su cuenta.

Ohlendorf, jefe de los *Einsatzgruppen* —escuadrones de ejecución itinerantes que viajaban con unidades del Ejército asesinando población civil—, es un monstruo. Durante la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941, Alemania fue saqueando el territorio ganado: los animales, el grano y la maquinaria eran para

abastecer al Reich alemán. No alimentaban a los prisioneros de guerra: dos millones de soldados soviéticos murieron de inanición. Por las mismas fechas, las tropas de Ohlendorf hacían redadas masivas entre la población judía; a sus órdenes asesinaron de un tiro o en cámaras de gas portátiles a más de 90.000 personas.

Este grupo de sanguinarios se dirige al sur, hacia el macizo del Harz, en el centro de Alemania, donde pretende ocultarse para luego quizá volar más al sur, hacia los Alpes o incluso fuera del país. Esto no es casual: consciente desde hace más de un año de que no podían ganar la guerra en Europa, Heinrich Himmler ayudó febrilmente a montar el aparato del Cuarto Reich a fin de mantener el poder de Alemania en la posguerra. Adolf Hitler había dicho que el imperio nazi se construyó para durar un milenio: Himmler y las SS que él manda harán lo posible por que se cumpla esa promesa.

En años posteriores, los investigadores situaron el origen de esta esperanza en el encuentro clandestino que se celebró el 10 de agosto de 1944 en el hotel Maison Rouge de Estrasburgo, en Francia. A esta cita de alto secreto también acudieron prominentes industriales y banqueros de Alemania.

Pero entre los oficiales e industriales alemanes reunidos en Estrasburgo se coló un agente secreto de la inteligencia militar francesa que no tardó en despachar un informe sobre los planes nazis al secretario de Estado de Estados Unidos, Cordell Hull.

«La industria alemana ha de saber que no podemos ganar la guerra», decía el así llamado Informe de la Casa Roja, «y hay que empezar a preparar la campaña comercial para la posguerra. Los industriales buscarán establecer contactos y alianzas con firmas extranjeras, pero lo harán a título individual para no levantar sospechas».

El informe seguía diciendo: «También han de estar dispuestos a financiar al Partido Nazi, que podría verse abocado a la clandestinidad».

La parte más audaz del plan, sin embargo, fue quizá que instaba a las empresas alemanas a operar en el extranjero camuflando siempre su conexión con Alemania y el nazismo para mantener activo su

La huida de Himmler

7-22 de mayo de 1945



Himmler en pequeña granja 7 de mayo

Himmler detenido 22 mayo

12º Regimiento Británico

30º Regimiento Británico

Controlado por los Aliados, 7 de mayo



espionaje militar e impulsar sistemáticamente el futuro retorno del poderío militar alemán.

A los asistentes a la reunión de Estrasburgo les recordaron, por ejemplo, la propiedad conjunta que ostentaba Krupp con la American Chemical Foundation respecto a una patente de acero inoxidable; para usar esa patente, gigantes como la United States Steel Corporation dependían de Krupp. Por eso estas compañías eran terreno abonado para infiltrar en ellas a espías nazis.

«Las oficinas se abrirán en ciudades grandes, para pasar más desapercibidas; y también en localidades pequeñas próximas a posibles cuencas hidroeléctricas, donde puedan simular dedicarse al estudio de los recursos de agua. Solo conocerán su existencia unos pocos de cada sector y los jefes del Partido Nazi, nadie más. Cada oficina tendrá un agente de enlace con el Partido», proseguía el informe.

La colaboración de las empresas industriales quería garantizarse con la promesa de una ulterior recompensa de índole económica: «En cuanto el Partido tenga la fuerza que necesita para restablecer su control sobre Alemania, los industriales verán correspondidos su esfuerzo y cooperación con concesiones y pedidos».

La reunión de Estrasburgo ya ha dado fruto para los nazis: más de 500 millones de dólares salen de Alemania hacia corporaciones radicadas en países neutrales como España, Suiza, Portugal y Argentina. Con el tiempo, esos fondos servirán para comprar anónimamente cientos de empresas.*

Para cumplir este plan, no solo es vital sacar del país la riqueza de Alemania, sino sacar también a los líderes nazis más influyentes. Heinrich Himmler cuenta con ello.**

* Este cálculo se basa en un informe del Departamento del Tesoro de Estados Unidos de 1946.

** Hay quienes piensan que el grupo ODESSA —*Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen*—, compuesto por antiguos oficiales de las SS, ayudaba a huir a los nazis. La supuesta organización era tan hermética que aún

Él y sus secuaces pueden acabar en los Alpes o en un remoto paraje de Sudáfrica o Sudamérica, todavía no se sabe. Pero huir es una posibilidad muy real, solo tienen que ponerse en marcha rápidamente. El viaje empezará con una flota de cuatro Mercedes. Más adelante viajar en coche será demasiado llamativo; pero de momento es la mejor forma de transporte, la más rápida. En este punto, los acólitos de Himmler cometen un enorme error: antes de salir, se ponen el uniforme de la policía militar, sin saber que este cuerpo está en la lista de los más buscados por los Aliados.

El 12 de mayo, cinco días después de la capitulación germana, la sigilosa comitiva de Himmler ya ha recorrido más de 190 kilómetros. Han dormido al raso en el campo y en estaciones de trenes, como tantos otros caminantes que ahora cruzan Europa. La huida de los nazis va bien.

En la ciudad portuaria de Brunsbüttel, a orillas del mar del Norte, el grupo de Himmler se topa con el primer obstáculo del viaje: los ocho kilómetros de anchura del estuario del Elba. No hay forma de vadear las aguas en coche, hay que seguir a pie. En la oscuridad de la noche, Himmler paga quinientos marcos a un pescador local para que cruce al grupo en su barca de remos al otro lado del Elba.

Por la mañana, Himmler y sus hombres se unen al caudal de soldados que inunda las carreteras. Himmler va ahora de paisano, con un abrigo largo de cuero azul. No es tan fuerte como sus compañeros; el comandante Macher y el coronel Grothmann aminoran el paso para acompañarlo al de su jefe. Con sus largos abrigos militares de color verde, van siempre un poco por delante de él, mirando atrás a cada paso para protegerlo. Son días de marcha lenta y te-

no se sabe con certeza su fecha de creación, ni si Himmler conocía o no su existencia. Muchos insisten incluso en que ni siquiera existió, pese a las numerosas pruebas que indican lo contrario.

diosa, seguidos de noches que pasan rodeados de cientos de otros viajeros por los campos. Hay poca comida y agua y ninguna intimidad, pero al menos Himmler es libre.

El 18 de mayo la comitiva llega a Bremervörde, ciudad al oeste de Hamburgo, y allí se encuentran con que las tropas de la 51.^a División Highland británica han habilitado un puesto de control en el puente sobre el río Oste.

Sin saber qué riesgo supone cruzarlo, Heinrich Himmler y sus hombres hacen un alto para hablar y decidir qué hacer.

Nervioso, a Himmler ni siquiera se le ocurre explorar la orilla del río en busca de otro sitio por donde cruzarlo. Si lo hubiera hecho, él y sus hombres habrían podido cruzar el Oste fácilmente por un vado cercano y proseguir su viaje hacia el sur.

Otro error del grupo de Himmler.

* * *

Para evaluar el peligro, el *Reichsführer* finalmente envía a su escolta Josef Kiermaier a cruzar el puesto de control. Semanas antes, había sido el leal Kiermaier quien sugirió a Himmler y a su grupo huir de Alemania en avión. Entonces todavía no había caído Berlín, un oficial del rango de Himmler hubiera tenido a su disposición los aviones que quisiera. Y sin embargo el *Reichsführer*, creyendo que lograría cerrar un acuerdo de paz por su cuenta con los Aliados, desaprovechó esa opción. Pensaba quebrar la alianza anglo-soviética: por primera vez en las casi dos décadas que lleva a las órdenes de Adolf Hitler, Himmler conspira contra el Führer.

«Nuestra meta», recordaba su compañero de viaje Otto Ohlen-dorf sobre el plan de connivencia con los Aliados urdido en secreto por Himmler y otros altos mandos nazis en abril de 1945, «era no oponer resistencia, sino dejar a los Aliados llegar hasta el Elba, con el acuerdo tácito de que no pasarían de allí, y así nos cubríamos la retaguardia para cuando reanudáramos la lucha contra el Este. Tan lú-

cidos en todos los demás aspectos, estos hombres seguían pensando que teníamos posibilidades de derrotar al Este».

Por supuesto, el plan se quedó en nada.

Furioso al enterarse de la traición, Adolf Hitler despojó a Himmler del mando de las SS, lo expulsó del Partido Nazi y ordenó su arresto —orden que no llegó a cumplirse, ya que el Führer se suicidó unos días después.

Así pues, el momento de huir de Alemania por aire hacía mucho que había quedado atrás. Himmler y sus compinches habían permanecido en el norte demasiado tiempo.

El 9 de mayo Himmler aún seguía creyendo que podría unirse a los Aliados para vencer al Ejército soviético, que avanzaba por Alemania desde el Este. Pese a la rendición del Ejército alemán, el *Reichsführer* escribió una carta al mariscal de campo Bernard Law Montgomery. Otto Ohlendorf la revisó antes de que Himmler se la diera al asistente que la llevaría hasta el británico. Aguardando a la desesperada la respuesta, Himmler retrasó la huida. La respuesta no llegó.

Ahora es el escolta Sepp Kiermaier quien paga el precio de la demora de Himmler: los británicos lo retienen a la espera de más averiguaciones.

Sin embargo, algo lleva a Heinrich Himmler y a sus compañeros de viaje a creer que el escolta ha logrado pasar el puesto de control y ponerse a salvo, y por eso se dirigen hacia allí con sus uniformes de la *Feldgendarmarie*. Los antiguos prisioneros de guerra rusos que se encargan del puesto, sospechando enseguida del grupo de Himmler, los detienen a todos y los entregan a los británicos.

Heinrich Himmler está detenido, pero nadie lo sabe todavía.

* * *

El capitán Tom Selvester lleva toda su vida adulta en el Ejército y en las fuerzas del orden. Este joven de Edimburgo sirvió siete años

en el batallón de infantería escocés de la Guardia Negra, que luego dejó para unirse a un cuerpo de policía de paisano de Escocia, hasta que por último regresó a la Guardia Negra poco antes de estallar la guerra, cuando le nombraron teniente. Selvester estuvo en el desembarco de Normandía el Día D y hoy dirige el Campo de Interrogatorio de Civiles n.º 031, en las inmediaciones de la ciudad de Luneburgo, en Alemania.

«Como siempre, el miércoles anterior había llegado un furgón cargado de sospechosos», cuenta Selvester. «No presté mucha atención a los ocupantes».

Pero Heinrich Himmler, todavía bajo la identidad del sargento Heinrich Hitzinger, se ha fijado en el capitán Selvester y pide reunirse con él. Al recibir la petición, el oficial británico rechaza el encuentro. «Estaba ocupado», afirmó después.

Pero Himmler persiste, confiado en que su condición de *Reichsführer* impresionará a las autoridades aliadas y lo tratarán con respeto. Además, aún espera que el mariscal de campo Montgomery se ponga en contacto con él. Es una idea delirante, pero Himmler ha sido así toda la vida.

Las horas pasan. Al fin Selvester accede de mala gana a recibir al prisionero del parche en el ojo, y llevan a Himmler a su oficina, junto con el comandante Macher y el coronel Grothmann.

«Entraron los tres», recuerda Selvester, «el enclenque que se hacía llamar Hitzinger y sus dos fornidos asistentes».

Himmler espera a que estén todos en la sala, y en ese momento se quita el parche del ojo y se pone sus gafas de alambre.

—Soy Heinrich Himmler —declara con orgullo.

Pero Selvester ha reconocido al alemán en cuanto se ha puesto las gafas.

A las siete de la tarde del día de su captura llevan a Himmler al puesto de guardia y lo cachean desnudo. Cuando descubren la ampolla de cianuro, él protesta:

—Es mi medicina para el dolor de estómago.

A continuación el *Reichsführer* recibe una muda de ropa. De-soyendo sus quejas, le obligan a ponerse el uniforme de campaña británico y calzado sin cordones. Le dan algo de cenar —pan, queso y té—, pero apenas toca la comida. Le dejan lavarse cuando lo pide.

Para confirmar su identidad, Selvester recoge la firma del prisionero. Cotejándola con otra de su puño y letra validada por el cuartel general británico vecino, Selvester confirma que el hombre que tiene enfrente es un execrable asesino en masa.

—En él no había nada del arrogante matón nazi: solo un hombre corriente con un raído abrigo largo de cuero —comentó el capitán.

A las diez menos cuarto de la noche, Himmler queda en manos del jefe de inteligencia del Segundo Ejército británico, el coronel Michael Murphy, quien acude en persona para hacerse cargo de él. Trasladado ya a otras dependencias británicas, por segunda vez en la última hora le ordenan desnudarse para un cacheo. Al quitarse la ropa, Himmler se deja puestos los calcetines y las botas. El doctor que lo examina es el capitán C. J. Wells, del Cuerpo Médico del Ejército británico, quien explora metódicamente la zona entre las nalgas de Himmler y también sus fosas nasales, sus orejas y la piel entre los dedos de manos y pies. El nazi se somete dócilmente a la humillación de que otro hombre lo examine de cerca hasta en sus partes más íntimas. Hay tres testigos militares presentes.

Wells describe lo sucedido en un informe que redactó en tercera persona: «Tras registrar al prisionero detenidamente, llegó a su boca, donde vio un pequeño objeto azul alojado en el hueco entre las encías y la mandíbula inferior del lado izquierdo».

Wells le mete el dedo en la boca para extraer el curioso objeto, y el nazi lo repele con un fuerte mordisco que, al mismo tiempo, rompe la cápsula de cristal entre sus molares. Un mortífero olor a ácido prúsico invade la pequeña sala de inspección médica. Comprendiendo que el objeto era otra ampolla de cianuro, Wells agarra

a Himmler y le sumerge la cabeza en el barreño de agua que tienen allí para hacer lavados gástricos precisamente en casos como este. Intenta sujetarle la lengua para que no trague más veneno, y Himmler lo muerde varias veces.

El comandante Norman Whitaker, uno de los observadores militares, ayuda a Wells a reducir a Himmler. Según recuerda Whitaker, «el cerdo gemía y gruñía como un animal».

El cuerpo de Himmler ha quedado inerte, la lucha por mantenerlo vivo dura otros quince minutos. Wells llega a arriesgar su propia vida intentando reanimarlo; pero es en vano.

Heinrich Himmler está muerto, pronto lo consignarán a una tumba anónima en un bosque de Luneburgo.

Este leviatán se ha llevado su merecido.

* * *

No obstante, muchos criminales de guerra nazis logran eludir la justicia. La Alemania de posguerra les brinda caos y confusión: hay millones de personas en tránsito, camino de sus lugares de origen. Adolf Hitler y Heinrich Himmler ya no están, pero algunos de los asesinos más inhumanos del Tercer Reich se han librado de los Aliados. En Berlín, Hitler se pegó un tiro, pero tres días después, su secretario personal Martin Bormann seguía en su búnker subterráneo; posteriormente Bormann, *Reichsleiter* o líder de las SS del Reich, elegido por Hitler expresamente para asumir el control del Partido Nazi tras la guerra, se esfumó para siempre.

Más al este, el *Hauptsturmführer* de las SS Josef Mengele huye hacia el oeste; le aterroriza caer en manos del Ejército soviético, que avanza desde el frente oriental. Este médico de treinta y cuatro años sometió a espantosos experimentos a los prisioneros del tristemente célebre campo de exterminio de Auschwitz, en Polonia. El Ángel de la Muerte, como lo apodaron, dirigió los asesinatos de miles de inocentes y sabe que lo ahorcarán si lo cogen. Ahora intenta pasar

inadvertido entre los miles de desplazados que abarrotan los caminos de Alemania.

En Francia Klaus Barbie, el infame Carnicero de Lyon que, además de torturar y matar a miles de ciudadanos franceses, ordenó deportar a niños al campo de exterminio de Auschwitz, ha logrado huir de los partisanos franceses que iban a ejecutarlo.

Y en Austria Adolf Eichmann, el *Obersturmbannführer* de las SS, quizá el nazi más despiadado de todos y responsable de enviar a millones de personas a la muerte, se esconde a la vista de todos: ha vuelto a Linz con su familia, como si no hubiera habido guerra.

Estos nazis —Bormann, Mengele, Barbie, Eichmann— no son más que cuatro de los miles de criminales de guerra de las SS que acaban desvaneciéndose sigilosamente en las sombras. La máquina nacionalsocialista de la posguerra ayudará a estos criminales a obtener pasaportes, cruzar fronteras e iniciar una nueva vida en naciones afines.

Para contrarrestarlo, un pequeño grupo de hombres que enseguida empezarán a autodenominarse «cazanazis» forman equipos de sicarios y secuestradores.

La cacería de los SS está a punto de empezar.